

EUCARISTÍA.

La presencia real está probada: 1.ª por la Escritura.

EUCARISTÍA quiere decir « acción de gracias, » porque este sacramento es la mayor de las gracias, y debemos recibirlo con las más vivas acciones de gracias.....

Soy el pan de vida, dijo Jesucristo: *Ego sum panis vita.* (Joann. VI. 48). Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y han muerto. (Id. VI. 49). Este es el pan que baja del cielo, á fin de que el que lo coma no muera: *Hic est panis de celo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur.* (Id. G. VI. 50). Soy el pan vivo que he bajado del cielo: *Ego sum panis vivus qui de celo descendí.* (Id. VI. 51). El que coma de este pan, vivirá eternamente: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.* (Id. VI. 52). Pero ¿qué pan es este? El mismo Jesucristo lo dice: Y el pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo: *Et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.* (Id. VI. 52). Los mismos judíos creyeron que se trataba de alimentarse de la carne de Jesucristo y de comerla realmente, puesto que el Evangelio añade: Los judíos comenzaron entónces á altercar unos con otros diciendo: ¿Cómo puede Éste darnos á comer su carne? *Litigabant ergo Judaei ad invicem, dicentes: ¿Quo modo potest Ille nobis carnem suam dare ad manducandum?* (Id. VI. 53). Jesucristo no les dijo: Os engaíais, si así lo creéis; ántes, al contrario, confirmó el sentido que daban á sus palabras, diciéndoles: En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros: *Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis, nisi manducaveritis carnem filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Id. VI. 54).

Jesucristo hace aquí un precepto riguroso de alimentarse de su carne y de su sangre, puesto que es bajo pena de no tener vida: estamos pues obligados á alimentarnos de ella. Pero ¿cómo podríamos cumplir este precepto, como comeríamos su carne y beberíamos su sangre, si su carne y su sangre no estuviesen realmente en la Eucaristía? Si no estuviese realmente en la Eucaristía, la obligación que impone de recibirle sería imposible de cumplir, por consiguiente muy injusta, y no podría condenarnos. Nos manda que lo comamos bajo pena de muerte; y estaría ausente! Sería el más detestable absurdo, y Dios no ordena absurdos.....

Continúa Jesucristo diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam; et ego resuscitabo eum in novissimo die.* (Joann. VI. 55). Porque mi carne es verdaderamente alimento, y mi sangre es ver-

dadamente bebida: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* (Id. VI. 56). Pero ¿cómo podría ser la carne de Jesucristo una verdadera comida, y su sangre una verdadera bebida, si la hostia consagrada no fuera más que pan, y el cáliz consagrado no fuera más que vino? Aquel que come mi carne y bebe mi sangre, nos dice, vive en mí, y yo en él: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* (Id. VI. 57). Aquel que me come, vivirá por mí: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me.* (Id. VI. 58). Este es el pan que ha bajado del cielo; no sucederá como á vuestros padres, que comieron el maná, y no obstante murieron. El que come este pan, vivirá eternamente: *Hic est panis, qui de celo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.* (Id. VI. 59). Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida: *Verba quae ego loquutus sum vobis, spiritus et vita sunt.* (Id. VI. 64). Obecados judíos, murmurais y preguntais ¿cómo puede daros á beber su sangre! ¿Cuándo os alimentó con la multiplicación de los panes, no preguntasteis de qué manera! En esto está el poder de Dios.

Cuando Dios obra, dice S. Cirilo, no tratemos de indagar cómo obra, concedámosle la inteligencia y la fuerza suficientes para obrar: *Cum Deus operatur, non queramus quomodo, sed operis sui viam atque scientiam illi concedamus.* (De Sacram.).

Si no comeis la carne del hijo del hombre y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. (Joann. VI. 54). Es pues preciso comer á Jesucristo; de otra manera no tendremos la vida; así pues Jesucristo está realmente en la Eucaristía. S. Agustín dice: De qué modo Jesucristo se da, y cómo se ha de comer este pan, lo ignorais; y sin embargo, si no comeis este pan, no viviereis, es una orden formal, amenaza de muerte: así pues hemos de cumplir el precepto de Jesucristo, y es indudable que Jesucristo está en el altar. (De Present. in Sacram.).

La víspera de su muerte, mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed; ESTE ES MI CUERPO: *Cenantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit ac fregit, deditque discipulis suis, et ait: Accipite et comedite; hoc est corpus meum.* (Math. XXVI. 26). Y tomando el cáliz, dió gracias, le bendijo, y diósele, diciendo: Bebed todos de él; porque ESTA ES MI SANGRE, la sangre de la nueva alianza que será derramada por muchos (para todos), á fin de que los pecados sean redimidos: *Et accipiens calicem, gratias egit; et dedit illis, dicens: Bibite ex hoc omnes: hic est enim sanguis meus novi testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum.* (Math. XXVI. 28).

Jesucristo dijo: Este es mi cuerpo; esta es mi sangre. Y no dijo Esta es la figura de mi cuerpo y de mi sangre, como quieren los herejes...

Escuchemos ahora al gran Apóstol: ¿No es el cáliz de bendición que bendecimos ó consagramos la comunión á la sangre de Jesucris-

to? Y el pan que partimos ¿no es la participación del cuerpo del Señor? *Calix benedictionis cui benedicimus, ¿nonne communicatio sanguinis Christi est? Et panis, quem frangimus, ¿nonne participatio corporis Domini est?* (I. Cor. X. 16).

Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Jamás hubo palabras más claras; las pronunció la víspera de su muerte, fueron sus últimas voluntades, fué su testamento. Es para los hombres el momento más solemne de declarar la verdad. ¿Y habría Jesucristo escogido este momento para hablar de ficciones, para engañar y arrojar á la Iglesia entera en la idolatría hasta el fin del mundo, á la Iglesia, su querida esposa, por la cual dió su sangre? Jesucristo dijo á sus Apóstoles: He tenido un ardiente deseo de celebrar esta Pascua con vosotros ántes de mi pasión: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* (Luc. XXII. 15). ¿A qué vendría tan gran deseo si no quería darles más que pan? Entonces hubiera sido una comida común como qualquiera otra. ¿Para qué semejantes expresiones si no había nada de extraordinario?.... He aquí una nueva alianza con sus Apóstoles, sus más queridos amigos; y ¿había de escogerlos para burlarse de ellos y engañarlos indignamente? ¿Quién podrá creer nunca que Jesucristo, sabiduría suprema, bondad suprema y suprema verdad, haya dado con aquellas últimas y solemnes palabras ocasión á una creencia falsa, á un error irreparable y á una monstruosa idolatría? Y sin embargo es lo que hubiera querido hacer y lo que habría hecho ciertamente, si aquellas palabras tan claras y expresivas este es mi cuerpo, esta es mi sangre, las hubiese pronunciado él en sentido figurado como quieren los calvinistas. Si así es, toda la Iglesia, todos los Doctores y teólogos, todos los Concilios y todos los Santos desde el principio de la Iglesia, están en el más grave, en el más peligroso error y en la más estúpida idolatría....

Yo sé por el Señor, dice el gran Apóstol, que el Señor Jesús tomó pan la noche en que fué traidoramente entregado, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros á la muerte: *hæc est enim in memoria mia: Ego enim accepi á Domino, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite, et manducate: Hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur; hoc facite in meam commemorationem.* (I. Cor. XI. 23-24). Igualmente tomó el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre: *hæc est enim in memoria mia. (Id. XI. 25).* Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Jesucristo ofrece, pues, á sus Apóstoles el mismo cuerpo que ha de ofrecer pronto en la cruz; y como en la cruz no murió en figura, sino en realidad, es evidente que se da también realmente en la comunión, puesto que da el mismo cuerpo que dió en la cruz....

Y observad lo que añade S. Pablo: De manera, dice, que qualquiera que comiere este pan, ó bobiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor: *Itaque quicumque*

manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. (I. Cor. XI. 27). Pero, si en la Eucaristía no hubiese más que pan, lo que sucedería si Jesucristo no estuviese allí más que en figura, ¿cómo podría ser culpable del cuerpo y de la sangre de Jesucristo el que no comiese más que esta figura?

Por tanto examinése pues á sí mismo el hombre, continúa el Apóstol, y de esta suerte, coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque quien le come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación, no haciendo el debido discernimiento del cuerpo del Señor: *Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit, non dijudicans corpus Domini.* (I. Cor. XI. 28-29). El Apóstol quiere que nos experimentemos ántes de comer aquel pan. Y, ¿á qué esta prueba si no es más que pan? ¿Por qué, si no es más que pan y vino; comeríamos y beberíamos nuestra condenación en el caso que no estuviésemos en estado de gracia?

He aquí ahora los testimonios de los santos Padres.

San Ignacio mártir dice, hablando de los herejes: No admiten la Eucaristía, porque no quieren confesar que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo: *Eucharistiam non admittunt, eo quod non confiteantur Eucharistiam esse carnem Domini nostri Jesu Christi.* (Epist. ad Smyrn.).

San Ireneo se expresa así: El pan sobre que se pronuncia la invocación de Dios, no es ya un pan ordinario, sino que es la Eucaristía: *Panis percipiens invocationem Dei, jam non communis panis est, sed Eucharistia.* (Lib. IV. adversus Hæres., c. XVII). El mismo padre dice en otra parte: El pan sobre el que damos acciones de gracias, es el cuerpo de Jesucristo y el cáliz de su sangre: *Eum panem in quo gratiæ acta sunt, corpus esse Christi, et calicem sanguinis ejus.* (Ut supra).

San Justino declara expresamente que la Eucaristía contiene la misma carne que el Verbo de Dios tomó en el seno de la Santísima Virgen. (In Orat. ad Anton. Imperat.).

Nos alimentamos, dice Tertuliano, con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, á fin de que nuestra alma se nutra con el mismo Dios: *Caro corpore et sanguine Christi cescitur, ut anima de Deo sanguinetur.* (Lib. de Resurrect.).

He aquí las palabras de Orígenes: Cuando tomáis el pan y el vino eucarístico, comeds y bebeds el cuerpo y la sangre del Señor: *Quando vite, pane et poculo frueris, manducas et bibis corpus et sanguinem Domini.* (In Cant.).

Estas palabras «este es mi cuerpo,» dice S. Crisóstomo, transforman en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo el pan y el vino que se ofrecen: *Hoc est corpus meum. Hoc verbum transformat ea que proposita sunt.* (Homil. XLVI).

San Cirilo de Jerusalén dice: Habiendo pronunciado el mismo Jesucristo y dicho del pan: «Este es mi cuerpo;» ¿quién se atreverá á ponerlo en duda? Habiendo el mismo asegurado y dicho: «Esta es mi sangre;» ¿quién se atrevería á titubear y decir que no es su sangre? *Cum ipse pronuntiaverit, et dixerit de pane: Hoc est corpus meum; quis audebit deinceps ambigere? Et cum ipse asseveraverit, et dixerit: Ille meus est sanguis; quis unquam dubitaverit, aiens non esse ejus sanguinem?* (Catech. IV. 4).

Después de las invocaciones y de la bajada del Espíritu santificador, lo que hay en la santa mesa no es ya pan y vino, sino el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo nuestro Dios. (Vit. Patr.).

Oigamos á S. Ambrosio: Este pan es pan antes de las palabras sacramentales; pero después de la consagración el pan se ha convertido en el cuerpo de Jesucristo: *Panis iste, panis est ante verba sacramentorum; ubi accesserit consecratio, de pane fit caro Christi.* Me diréis, añade aquel gran Doctor: Yo quisiera ver la cara de Dios. Pero ¿no le veis, no le tocas, no le coméis en la Eucaristía? *Quot nunc dicunt: Vellem ipsius formam aspicere; ecce, cum vides, ipsum tangis, ipsum manducas.* (De Mysteriori, c. IX).

Sabemos, dice S. Jerónimo, que el pan que el Señor partió y dió á sus discípulos, fué el cuerpo del Salvador. Moisés no dió el verdadero pan; pero nos lo ha dado el Señor Jesús, que es á la vez el convidado y el festín; come, y se hace comer. (Epist. CL).

San Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Nazianceno se expresan todos del mismo modo.....

He aquí lo que dice S. Agustín: De la misma manera que creemos firmemente que Jesucristo es nuestro mediador entre Dios y los hombres, así creemos también con fe firme que nos da á comer su carne, y á beber su sangre; *Sicut mediatorem Dei et hominum, hominem Christum Jesum, carnem suam nobis manducandam, bibendumque sanguinem dantem, fidei corde suscipimus.* (Lib. I, contra Advers. Iec. et Proph., c. XX).

Aunque no veamos más que pan, dice S. Remigio, es realmente el cuerpo de Jesucristo; *Licet panis videatur, in veritate corpus Christi est.* (De Euchar.).

Habéis aprendido, dice S. Gregorio, lo que es la sangre de Jesucristo, no oyéndolo, sino bebiéndola; *Quid sit sanguis Agni, non jam audiendo, sed bibendo didicistis.* (Moral.).

He aquí cómo se expresa también S. Juan Damasceno: El pan y el vino y el agua se convierten milagrosamente en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo por la invocación y el descendimiento del Espíritu Santo: *Panis, ac vinum, et aqua, per Sancti Spiritus invocationem et adventum, mirabili modo, in Christi corpus et sanguinem vertuntur.* (De Euchar.).

Si las palabras de Elías, dice Lanfranc, tuvieron tal fuerza que hicieron caer fuego del cielo, ¿cómo no han de poder las palabras

formales de Jesucristo cambiar el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre? (*Adversus Berengarium*).

Nada más fuerte ni concluyente contra la herejía de los sacramentarios, es decir, contra los enemigos de la transubstanciación, que lo que dice S. Cirilo, de Jerusalén: El señor cambió, sólo por su voluntad, el agua en vino en las bodas de Canaan; ¿y nos negaremos á creer que ha cambiado el vino en su sangre después que el mismo dijo: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre?» Recibámosle pues con entera certidumbre como cuerpo y sangre de Jesucristo; porque bajo la figura de pan se nos da el cuerpo, y bajo la apariencia de vino se nos da la sangre, á fin de que, participando del cuerpo y de la sangre del señor, lleguéis á ser un mismo cuerpo y una misma sangre con él: *Aquam olim in vinum in Cana transmutavit; et cum parum dignum existimabimus cui credamus, cum vinum in sanguinem transmutavit.* ¿Quare etc. (Catech. IV. 4).

En 1025, Gerardo Obispo de Arras y de Cambrai, hizo la siguiente profesión de fe; Cuando el pan y el vino mezclado con agua están consagrados sobre el altar con la cruz y las palabras del Salvador, de una manera infalible se convierten en verdadero y propio cuerpo, en verdadera y propia sangre de Jesucristo, aunque parezcan otra cosa á nuestros sentidos, porque no vemos más que pan material; y es sin embargo muy realmente el cuerpo de Jesucristo, pues así nos lo asegura la Verdad en términos muy formales: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. (*Hist. Eccles.*).

Aunque Hildeberto fué discípulo de Berenger, se apartó siempre muchísimo de los errores de su maestro, y dice expresamente que después de la consagración del cuerpo de nuestro Señor la sustancia del pan no permanece en la Eucaristía. Hasta se vale de la palabra «transubstanciación,» y es el primer autor en cuyos escritos se halla empleada esta palabra. (*Hist. Eccles.*).

San Pantino, Obispo de Nole, declara que al recibir la Eucaristía, comemos la carne de Jesucristo, la misma carne que fué clavada en la cruz. (*Hist. Eccles.*).

Antes de la consagración, dice S. Ambrosio, es otra naturaleza; después de la consagración es el cuerpo de Jesucristo. La palabra de Jesucristo, que de nada podía hacer lo que no existía, ¿no ha de tener el poder de cambiar lo que existe en lo que no era? (*De Mysteriori, c. IX*).

Bajo la especie del pan y del vino, Jesucristo, dice Santo Tomás, nos ha dejado su cuerpo para comer, y su sangre para beber: *Corpus suum in cibum, et sanguinem suum in potum, sub specie panis et vini sumendum, fidelibus dereliquit.* (Opusc. LVII). ¿Qué más admirable que este sacramento, exclama el mismo Doctor? Porque en este sacramento el pan y el vino se han cambiado sustancialmente en cuerpo y sangre de Jesucristo: *¿Quid hoc sacramento mirabilius? In ipso namque panis et vinum in corpus et sanguinem Christi substantialiter convertuntur.* (Opusc. LVII).

La presencia real está probada: 3.ª por los Concilios.

He aquí lo que decían los Padres del Concilio de Alejandría, en tiempo de S. Cirilo: Estamos santificados, participando de la sagrada carne y de la preciosa sangre de Jesucristo; porque no recibimos este alimento como un manjar ordinario (¡no lo quiera Dios!) ni como la carne de un hombre santificado y unido al Verbo sólo en cuanto á la dignidad, ó en quien la Divinidad haya habitado solamente; sino como una carne en verdad vivificante, y por consiguiente como la propia carne del Verbo, sin quien no podría ser vivificante. (*Hist. Eccles.*).

En el cuarto Concilio ecuménico de Letran se definió expresamente que Jesucristo es el mismo Sacerdote y el sacrificio de la nueva ley; que en virtud del poder que dió á los Apóstoles y á sus sucesores, los sacerdotes ordenados legítimamente son los únicos que pueden consagrar el Sacramento de nuestros altares, y que el cuerpo y la sangre de este Dios hecho hombre están allí verdaderamente contenidos, hallándose el pan *transubstanciado* en el cuerpo, y el vino en la sangre por la Omnipotencia divina. (*Hist. Eccles.*).

Este término *transubstanciación*, que expresa la invariable doctrina de la Iglesia, ha sido consagrado por el duodécimo Concilio ecuménico, para indicar el cambio de las especies sacramentales en cuerpo y en sangre de Jesucristo, así como la palabra *consustancial* lo había sido por el Concilio de Nicea, para expresar que el Hijo de Dios tiene la misma naturaleza que su Padre.

Prescindamos de los demás Concilios que atestiguan la fe firme é inquebrantable en la presencia real; y contentémonos con citar tan sólo el Concilio de Trento, que es el resumen de todos los Concilios que le precedieron.

Este santo Concilio, en su sesión décimo tercera, se expresa así: Ha sido siempre creencia en la Iglesia de Dios que despues de la consagración el verdadero cuerpo de nuestro Señor y su verdadera sangre, juntamente con su alma y su Divinidad, están bajo las especies del pan y del vino, es decir, su cuerpo bajo la especie del pan, y su sangre bajo la especie del vino, en fuerza de las mismas palabras; pero su cuerpo se halla también bajo la especie del vino, y su sangre bajo la especie del pan, y su alma bajo una y otra, y lo mismo su Divinidad; por lo que es muy cierto que cualquiera de las dos especies contiene tanto como las dos Juntas, porque Jesucristo está entero bajo la especie del pan, como lo está también bajo la especie del vino. Las especies sacramentales contienen á Jesucristo verdadera, real y sustancialmente: *Vere, realiter et substantialiter*....

El mismo Concilio en la misma sesión declara que este dogma sagrado es un artículo de fe, y amenaza con los anatemas divinos á los que lo niegan. Si alguno niega, dice, que el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de nuestro señor Jesucristo estén real, verdadera y sustancialmente en el sacramento de la santísima Eu-

caristia, y de ahí que esté entero en ella, y diga que solamente está allí en signo, en figura ó por la fe, que sea anatematizado: *Si quis negaverit, in sanctissima Eucharistia sacramento contineri vere, realiter et substantialiter corpus et sanguinem una cum anima et Divinitate Domini nostri Jesu Christi, ac probeinde totum Christum; sed dixerit tantummodo esse in eo ut in signo, vel figura, aut virtute; anathema sit.* (Can. 1).

He aquí un segundo cánón del mismo Concilio: Si dice alguno que en el santísimo sacramento de la Eucaristia la sustancia del pan y del vino queda junta con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y niega el admirable y singular cambio de toda la sustancia del pan en el cuerpo, y de toda la sustancia del vino en la sangre, quedando sólo las apariencias del pan y del vino, cuyo cambio llama muy bien la Iglesia católica «transubstanciación,» sea anatematizado. (*Eodem loco ut supra*).

En el tercer cánón del mismo Concilio se lee: Si alguno dice que en el augusto sacramento de la Eucaristia Jesucristo no está entero en cada especie y en cada parte de las especies divididas, anatematizado sea. (*Eodem loco ut supra*).

También podemos confundir á los herejes é incrédulos con la creencia constante, invariable y universal de la Iglesia en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, diciéndoles: Cuando vinisteis al mundo, toda la Iglesia cristiana creía en la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristia.

Así pues, siempre ha tenido la misma creencia desde los Apóstoles hasta nosotros. Es imposible que la creencia común, universal y constante en un sacramento que es de un uso universal y diario, y constituye la parte principal del culto de los cristianos, haya podido cambiar, sin que tal cambio haya hecho ruido, causado disputas, y dado lugar á que de ello se ocuparan soberanos Pontífices y los Concilios celebrados en todos los siglos. Pero es lo cierto que nunca ha habido tales cuestiones; es imposible que en todo el Oriente y el Occidente los pastores y doctores de la Iglesia hayan conspirado de comun acuerdo con el Papa á su frente, para hacer semejante cambio, ó lo hayan verificado todos sin que de ello se apercebieran. Es imposible que ninguno de los herejes condenados por la Iglesia católica, descontentos y furiosos, no le hubiesen echado en cara este cambio, á ser real; y es también imposible que alguno de ellos no lo notase. Mas, sobre esto, ha reinado siempre el silencio más absoluto....

Una prueba positiva de que la creencia relativa á la presencia real jamás ha cambiado, es que el lenguaje ha sido siempre el mismo en todos los siglos: los Padres, los Papas, los Concilios, las liturgias, las confesiones de fe, los teólogos, los autores eclesiásticos se sirven de las mismas expresiones, y les dan el mismo sentido....

Todas las liturgias, hasta las que una constante y respetable tra-

La presencia real está probada: 4.ª por la creencia constante, invariable y universal de la Iglesia.

dición atribuyó á los Apóstoles; las de S. Basilio y de S. Crisóstomo, las antiguas liturgias galicanas, la liturgia mozarabe, la liturgia de los nestorianos, la de los jacobitas, de los sirios, de los copítos, de los etíopes y de los griegos, están exactamente conformes con la misa romana, tal como se usa hoy en toda la Iglesia católica; todas contienen clara y formalmente la doctrina de la presencia real y de la transubstanciación.

La presencia real está probada: 5.º por la razón teológica.

1.º Si no hay más que pan, si la hostia es aún pan despues de la consagración, se deduce que la figura del pan ha sucedido al cordero figurativo. Pero ¿quién puede atreverse á decir que así sucede? Más hubiera valido conservar la costumbre de sacrificar el cordero, que poner en su lugar un simple pan; porque el cordero inmolado en la antigua ley representaba mejor á Jesucristo sufriendo, que el simple pan en la nueva ley. Luego ¿no hubiera sido el cordero de una manera exagerada y ridicula el tipo de la Eucaristía, si, como dice Calvino, la Eucaristía no fuese más que un simple pan?

2.º En la vispera de su pasión fué cuando el Hijo de Dios, omnipotente, infinitamente sabio y bueno, pronunció aquellas solemnes palabras, al tomar pan, en presencia de sus queridos Apóstoles y de su tierna madre: Este es mi cuerpo: *Hoc est enim corpus meum*. En este momento solemne es cuando considera, como dice el evangelista S. Juan, que tiene todo poder, que nada le es imposible, que está dotado de facultades infinitas, que es la sabiduría eterna emanada del Padre, que es la bondad infinita, que ama únicamente á los hombres, y los prefiere á los ángeles: habiéndose hecho hombre para salud de los hombres, los ama y los amará hasta el fin: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*. (Joann. XIII. 1). Jesucristo considera todo esto antes de decir: Este es mi cuerpo. Así pues, decídmelo: ¿era preciso considerar todas esas grandes cosas para no dar á sus discípulos más que un pedazo de pan? ¿A quién hablaba al decir «este es mi cuerpo»? A sus amadísimos Apóstoles, á quienes había dicho: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he dado y os daré á conocer cuantas cosas oí de mi Padre: *Jam non dicam vos servos, quia servus nescit quid faciat Dominus ejus, Vos autem dixi amicos; quia omnia quaecunque audivi á Patre meo, nota feci vobis*. (Joann. XV. 15). Habla á sus Apóstoles, á quienes acostumbraba á hablar claramente sin parábola ni figura, ó en caso de que les propusiera alguna parábola, se la explicaba al momento; y les dice: A vosotros se os ha dado el privilegio de conocer los misterios del reino de los cielos; pero á los demás no se les ha dado: *Vobis donatum est nosse mysteria regni caelorum; illis autem non est datum*. (Matth. XIII. 11). Y habla entónces á sus embajadores, á quienes envía por todo el universo para instruir, interpretar sus palabras, descubrir y explicar sus misterios. ¿No da un rey á conocer á sus embajadores sus deseos, designios,

secretos é instrucciones, á fin de que se hallen en estado de cumplir sus voluntades? Y Jesucristo al decir «tomad y comed; este es mi cuerpo; tomad y bebed; esta es mi sangre;» diciéndolo á sus íntimos amigos, á sus Apóstoles, á sus embajadores, ¿habrá podido engañarlos, y en vez de su adorable cuerpo, no les habrá repartido más que un pedazo de pan?

3.º Fijese la atención en la circunstancia del tiempo. Come primeramente el cordero pascual con ellos; y luego, para llegar á un misterio más elevado, para pasar de la figura á la realidad, de la imagen á la verdad, de la promesa al cumplimiento, de la sombra al cuerpo, les dice, tomando pan y bendiciéndolo y partiéndolo: «Tomad y comed; este es mi cuerpo.» Si lo que les daba no era realmente su cuerpo, en vano se lo daba; era una repetición supérflua, no de palabras, sino de hechos, puesto que el cordero pascual era una figura de su cuerpo más expresa, más distinta y más significativa que un pedazo de pan.....

4.º Si despues de Jesucristo, al tomar el pan, hubo dicho: «Este es mi cuerpo;» si despues de palabras tan claras y tan formales, este pan se quedó pan, no solamente engañó á sus Apóstoles y á toda la Iglesia con ellos hasta el fin de los siglos, sino que aquel gran Dios habría engañado tambien á sus profetas. El Salmista dijo: Pan de los ángeles comió el hombre: *Panem angelorum manducavit homo*. (LXXVII. 25).

Señor, si no estais en la Eucaristía, os habeis engañado y habeis engañado á vuestro profeta Malaquias, cuando dijisteis por su boca: Desde Levante á Poniente, en todos lugares se sacrifica y se ofrece al hombre mio una obligación pura, porque mi nombre es grande entre todas las naciones: *Ab ortu enim solis usque ad occasum, in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda; quia magnum est nomen meum in gentibus*. (I. 11). Y esta oblation pura y sin mancha, ofrecida en todos los lugares á la grandeza y á la majestad de Dios, no ha de ser más que un pedazo de pan!

5.º Todos los sacrificios de la antigua ley no eran más que la figura del sacrificio de la nueva: todos los antiguos sacrificios han cesado desde el sacrificio de la cruz y del altar; pero, si la Eucaristía no fuese más que pan, la realidad no valdría la figura, y no podría comprenderse que Dios, saciado de los sacrificios de las antiguas victimas, recibiese como una oblation pura y sin mancha y muy agradable la ofrenda de un poco de pan. La cesación de todos los antiguos sacrificios habia sido predicha, y ha tenido lugar desde que dijo Jesucristo: «Este es mi cuerpo.» Y no ha de ser más que un pedazo de pan lo que Jesucristo llama su cuerpo! Y todos los sacrificios de la antigua ley habrían cesado para ceder su lugar á un pedazo de pan! Y este pedazo de pan habria reemplazado perfectamente á todos los sacrificios, y habria perfectamente sido la realidad de los sacrificios que no eran más que una figura. Y Dios, no contentándose ya con bueyes, corderos ni toros, habria de conten-

tarse, desde Jesucristo hasta el fin del mundo, con un poco de pan ofrecido en los sagrados altares de la Iglesia, su esposa! Y la Iglesia, al ofrecer á Dios ese pedazo de pan, habria de decirle: «He aquí el cuerpo de nuestro Hijo que os ofrezco; este pedazo de pan vale tanto como el cuerpo de nuestro Hijo; este pedazo de pan tiene un mérito infinito y es digno de vos;» y Dios habria de quedar satisfecho!

6.º Un momento ántes de decir: «Este es mi cuerpo;» Jesucristo dijo á sus Apóstoles: Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros ántes de mi pasion: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* (Luc. XXII. 15). Y este deseo de Jesucristo, este deseo ardiente, este deseo que el amoroso corazón de Jesús tuvo tanto tiempo, no habria tenido por objeto más que comer con sus discípulos un pedazo de pan! Pero muchas veces habia comido pan con ellos sin pronunciar tan bellas palabras: ¿por qué pues en esta circunstancia enaltece tanto aquel insignificante pedazo de pan?

7.º Y para remontarnos más alto, si cuando la cena de Jesucristo no dió á sus Apóstoles más que pan, ¿á qué toda aquella pompa de preparacion que él habia ordenado? Porque, dice el Evangelio, envió á Pedro y á Juan diciéndoles: Id y preparadnos lo necesario para comer la pascua. Ellos le dijeron: ¿Dónde quereis que la preparemos! Y él les contestó: Al entrar en la ciudad, hallaréis un hombre con un cántaro de agua; seguidle á la casa donde entre, y decid al dueño de la casa: El Señor nos envia á decir: ¿Dónde está el lugar en que podré comer la pascua con mis discípulos? Y él os enseñará un gran cenáculo amueblado; preparad allí lo que sea menester. (Luc. XXII. 8-12). ¿Qué solemnidad tan inusitada se ostenta para no comer más que un pedazo de pan? ¿Qué solemnidad para proclamar una mentira, engañar á la Iglesia y hacerla idolatra hasta el fin del mundo? Pues todo esto tiene lugar si la Eucaristia no es más que un pedazo de pan!....

8.º Jesucristo está á punto de abandonarnos en la última cena; se despide de su Iglesia, se va á la muerte, á la muerte en la cruz, y luego al cielo: *Ad Deum vadit.* Cuando un esposo está en el lecho de la muerte y se despide de su esposa fiel y querida, ¿no le abre entónces su corazón y le descubre sus secretos? ¿No le habla entónces claramente, dándole manifestaciones de un gran afecto, y dejándole las más preciosas prendas? ¿Y habria escogido Jesucristo aquel momento supremo para hablar con oscuridad y de una manera equivocada á la Iglesia, su fiel, querida y divina esposa, por cuya salvacion iba á derramar su sangre? Y por toda prenda de su amistad y su ternura, y para indemnizarla de su ausencia, ¿no habia de dejarle más que un poco de pan?....

9.º Si la Eucaristia no es más que pan, ¿por qué promete Jesucristo este pan tanto tiempo ántes? ¿por qué habla de él con tanta pompa? ¿por qué se place con tanta frecuencia en hacer resaltar su necesidad y sus maravillosos efectos? ¿por qué lo prefiere al maná del

desierto? Si lo que Jesucristo da no es más que pan, el maná era preferible; era la figura del cuerpo de Jesucristo, bajaba del cielo, tenia el sabor más exquisito, era un pan milagroso; en tanto que el pan que no representa el cuerpo de Jesucristo lo produce la tierra y siempre ha tenido el mismo gusto en todas partes....

10. Este gran Dios, para salvar al mundo, escogió á la más pura y humilde de las vírgenes; tomó por palacio un establo, por primeros testigos de su nacimiento á simples pastores; pasó su vida en una casa pobre; lejos de exhibirse, vivió treinta años en el retiro y en la soledad; el trabajo de sus manos le sostuvo; si quieren hacerle rey, se oculta; no tiene dónde descansar la cabeza, y muere en la cruz entre dos ladrones. Y el día de la cena ostenta esplendor, quiere una habitacion vasta y bien adornada, lava los pies á sus Apóstoles, les dirige un largo y sublime discurso. ¡Y habia de hacer todo esto tan sólo para darles un poco de pan!....

Despues de semejantes pruebas, ¿puede negarse ó ponerse en duda la presencia real?

Estas excelentes razones que prueban evidentemente la transubstanciacion del pan, prueban igualmente la transubstanciacion del vino....

11. Todos los evangelistas y S. Pablo explican las palabras «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» añadiendo: El cuerpo y la sangre que será entregado por vosotros para la remision de los pecados. Y es claro que no ha sido el pan el entregado, sino el cuerpo de Jesucristo; no fué el vino lo que se derramó, sino la sangre de Jesucristo; no fué el pan y el vino lo que nos ha redimido, sino el cuerpo y la sangre de Jesucristo....

En el año de 1050, habiendo negado Berenger la transubstanciacion, fué al punto condenado por toda la Iglesia, como sostenedor de una doctrina nueva, inaudita, falsa y herética. Convencido más tarde de error, el mismo Berenger en el Concilio de Tours, en el papado de Victor II, abjuró públicamente su herejia. Habiendo vuelto á caer en ella más tarde, la condenó de nuevo en el pontificado de Gregorio VII con la siguiente profesion de fe: Yo, Berenger, creo de corazón, y mi boca confiesa que el pan y el vino se convierten en el verdadero, propio y vivo cuerpo y en la sangre de nuestro Señor Jesucristo; y que despues de la consagracion es el verdadero cuerpo de Jesucristo que nació de la Virgen, y la verdadera sangre de Jesucristo que salió de su costado, y esto no en figura, sino en la realidad y propiedad de la naturaleza y de la verdad de la substancia. (*Hist. Eccles.*)

Desde que Jesucristo pronunció las palabras «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» todos los más sabios, los más santos y los más perfectos, los Apóstoles, todos los mártires, todos los santos Padres, todos los teólogos, los Papas, los obispos, los pastores, los confesores, los misioneros, los Concilios, entre otros ocho Concilios generales, á saber, el primero y el segundo de Nisica, el Concilio romano en

el pontificado de Nicolás II, los Concilios de Letran, de Viena, de Constanza, de Florencia, y de Trento, un grandísimo número de Concilios provinciales, la Iglesia entera en todo tiempo, todos han confesado la presencia real, todos la han creído como dogma de fe, y han anatematizado toda creencia y práctica en contrario. Y todos se han engañado en todos los tiempos y en todos los lugares; todos han sido, son y serán idólatras hasta el fin del mundo, si Jesucristo no está realmente en la Eucaristía; porque todos han adorado, adoran y adorarán el pan y el vino, en vez de adorar el cuerpo y la sangre de Jesucristo; es decir, que los cristianos más ilustrados han sido más insensatos que los más ciegos paganos, pues éstos en su mayor número adoraban al menos el sol, la luna, las estrellas, y los cristianos no adorarían más que un pedacito de pan!.... ¿Veis á tantos millones y millones de católicos de todos los siglos prosternados de generacion en generacion, desde hace más de mil ochocientos años, para adorar á Jesucristo presente en el altar? Pues todos son idólatras, no adoran más que un pedazo de pan. ¿Quién lo dice? Calvino. ¿Veis á tantos millares de obispos, á tantos millares y millares de sacerdotes católicos que consagran todos dos días y dicen á todos los fieles despues de la consagracion: Hé aquí el Cordero de Dios: *Ecce Agnus Dei!* Pues son unos mentirosos, unos impostores ó idólatras. ¿Quién lo dice? Calvino. ¡Compréndase toda la locura y las monstruosas consecuencias de la herejía y de la incredulidad!...

Si las palabras de Jesucristo: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» no fuesen claras, positivas y evidentes, entonces yo retaría al hereje é incrédulo para que me dijera qué expresiones más convenientes y ménos oscuras podía emplear Jesucristo para significar que el pan se había convertido en su cuerpo, y el vino en su sangre. (Había de añadir por ejemplo: «Esto es realmente mi cuerpo, y esto es realmente mi sangre?») Pero ¿hubiera sido tal modo de hablar conforme con el sentido comun?

Cuando hablo, dice Bossuet, digo por ejemplo: «Aquí hay pan, aquí hay vino,» ó cualquier cosa que sea; y esto me basta. Y todo el que me escucha concibe desde luego mi pensamiento, y comprende perfectamente que quiera decir que hablo, en efecto, del pan y del vino. ¿Acaso es necesario que añada: «Aquí hay realmente pan, ó aquí hay realmente vino?» Y ¿no sería muy inútil tal adición? Pero ¿qué digo? El Salvador del mundo se explicó tambien con cierta edicion importante y notable, cuando despues de haber dicho «este es mi cuerpo y esta es mi sangre,» prosigue y añade: El mismo cuerpo que será entregado por vosotros, la misma sangre que debe ser derramada por vosotros....

La Iglesia Católica, Apostólica y Romana siempre ha creído, enseñado y probado la existencia real. Así pues, como juez y formando autoridad, mereco infinitamente más ser creída que el hereje y apóstata Calvino....

Los mismos herejes modernos han confesado que creían en la presencia real. Oid lo que dice Lutero. Si Carlstadt hubiese podido persuadirme que en el sacramento de la Eucaristía no hay más que pan y vino, me habría hecho un gran servicio, porque entonces habría podido hacer una guerra cruel al Papado. Pero me veo obligado á creer en la presencia real; no hallo ningún medio de negarla, pues el texto del Evangelio es demasiado positivo, claro y poderoso; no puede fácilmente interpretarse de otra manera ni en palabras ni en discursos. (*Ad Argentin*).

Melanchthon dice tambien: Si pones en este sacramento la figura en vez de la realidad, todo podrá destruirse con semejante arte, y hasta será permitido entonces transformar y cambiar la religion entera. Será permitido decir que Dios no es Dios, que Jesucristo no es Jesucristo, etc. (*Ab Frederic. Myconium*).

Así es que con justísima razon ha dicho y predicho el cardenal Hosius que los herejes se volverían ateos, y que el término de toda herejía es el ateísmo (*contra Hæreses*), visto que en la herejía nada hay estable, sólido ni constante, nada que quede en pie, si no es la incredulidad y la negacion de todas las verdades....

Erasmo escribía á Conrado: Siempre he sostenido que era imposible poner en mi espíritu la negacion de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sobre todo en vista de la evidencia del Evangelio y de las epístolas de los Apóstoles, que tan formalmente nos dicen que es el verdadero cuerpo de Jesucristo el que se da, y su verdadera sangre la que se derrama en el altar. Si creéis que en la hostia y en el cáliz no hay más que pan y vino, prefiero ser despedazado y sufrir toda clase de tormentos, antes que profesar lo que profesáis sobre el particular, y jamás permitiré que me hagais autor ni futor de semejante dogma....

Aunque favorable en más de un punto con los modernos sectarios, el mismo escritor dice en otra parte: Jamás he podido creer ni podré tampoco creer que Jesucristo, que es la misma verdad y la misma caridad, haya podido permitir por tanto tiempo que su amadísima esposa estuviese afecta á un error tan abominable, y adorase constantemente un pedacito de pan. (*Ad Ludovicum Verum*).

Innumerables milagros ha obrado la sagrada Eucaristía.

Doctado por una fiebre ardiente y á punto de morir, el padre de S. Gregorio Nazianceno quedó curado con la santa comunión. El mismo S. Gregorio lo atestigua, y asegura que el mismo milagro se verificó en favor de su madre y de su hermana Santa Gorgonia. (*In Distich.*). S. Ambrosio asegura que su hermano Satiro fué preservado de un naufragio cierto por llevar en su cuello la hostia consagrada. (*Lib. I. de Offic.*).

San Gregorio el Grande atestigua que Máximo, obispo de Siracusa, se salvó igualmente de un naufragio por la Eucaristía. (*Surius*).

La presencia real está atestiguada: 6.º por los mismos herejes.

La presencia real se halla probada: 7.º por los milagros.

En 384, la secta de los Donatistas cometió una impiedad horrible contra la Eucaristía: Las sagradas hostias fueron arrojadas á los perros, y al punto se vieron señales sensibles de la cólera divina: aquellos animales rabiosos se lanzaron sobre sus propios amos, y mordieron y despedazaron á aquellos profanadores sacrilegos. (*Hist. Eccless.*).

Bajo el reinado del emperador Justino, un niño que había comulgado en Constantinopla fué arrojado por este hecho en un horno ardiente por su padre que era judío, y salió intacto. Este milagro sucedió en el año 352. (*Hist. Eccless.*).

Una señora romana, al recibir un día la comunión de manos de S. Gregorio, no pudo ménos de sonreirse oyendo llamar cuerpo de Jesucristo al pan que ella misma había elaborado. Pero aquel Santo, queriendo afirmar la vacilante fe de una cristiana tan débil, hizo guardar la hostia, se puso en oración, y luego se la enseñó convertida en carne, á la vista de todos. (*Hist. Eccless.*).

Leemos en las obras de S. Nilo, que S. Juan Crisóstomo veía muchas veces ángeles en el lugar santo, sobre todo durante el sacrificio adorable del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y que desde el momento en que el sacerdote empezaba la oblacion rodeaban el altar hasta la consumacion de los santos misterios.

En 1290 sucedió en Paris un gran milagro por la Eucaristía. Una pobre mujer había empeñado su vestido en casa de un judío por una pequeña cantidad que necesitaba. Algunos días antes de Pascua rogó al judío que le devolviese su vestido para esta fiesta, á fin de poder cumplir, le dijo ella, el deber pascual con más decencia. De buena gana le dijo el judío os lo dejaré hasta para siempre y sin interés, si quereis traerme el pan que recibais en la iglesia, y que vosotras cristianas llamais vuestro Dios. Quisiera ver si Dios está allí en efecto. Su proposición fué aceptada por aquella desgraciada mujer. Fué á recibir la comunión en S. Merry, que era su parroquia, reservó secretamente la sagrada hostia, y la llevó al judío. Este puso aquella hostia en la mesa, la dió varios golpes, y vió correr sangre. Su esposa acudió con espanto, y trató con todas sus fuerzas de impedir llevase más lejos la impiedad. Pero él, más y más endurecido, hundió un clavo en la hostia, que en seguida arrojó sangre; la echó en el fuego, y entera salió de allí, y dió vueltas por el cuarto. La puso por fin en agua hirviendo, y al punto el agua apareció ensangrentada. La hostia, elevándose de nuevo, apareció entónces bajo la forma de un Crucifijo. Aquella hostia milagrosa fué colocada y guardada preciosamente en la iglesia de S. Juan en Grève. Ya en el año de 1295, un habitante de Paris, llamado Reguier Fleming, hizo construir allí un oratorio que llamaron Capilla del Milagro. Nadie negó este prodigio, atestiguado por todos los ciudadanos de Paris.

En 1331, en la ciudad de Colonia, habiendo comulgado una persona sin fe, no pudo tragar la sagrada hostia, y se vió precisada á

sacarla de su boca. Al momento la hostia quedó transformada en un pequeño niño. Una multitud inmensa fué testigo de este prodigio. Los enfermos que se acercaban á aquel lugar, quedaban al punto curados. Se construyó allí mismo una iglesia, en cuyo frontispicio se escribió la leyenda «Corpus Christi,» el cuerpo de Jesucristo.

En 1345, Casimiro, rey de Polonia, construyó un templo magnífico en memoria de un gran milagro, que se refiere del modo siguiente: Unos ladrones habían robado un cupon que contenía sagradas formas. Este cupon, que ellos creían de oro, no siendo más que de cobre una vez reconocido, fué arrojado con las hostias en un pantano. Al momento el pantano se convirtió en fuego que brillaba noche y día. Y no comprendiendo el Obispo del lugar la causa de aquel prodigio, ordenó un ayuno de tres días, y fué luego en procesion y orando á orillas del pantano, y hallando el cupon y las sagradas formas, las llevó al sitio de donde las habían quitado los ladrones. Procesos verbales muy auténticos y el templo levantado en aquel mismo lugar dan fe de este prodigio.

En 1453, habiendo robado un ladrón un cupon de plata que contenía una hostia consagrada, puso dicho cupon sobre su caballo, y se fué á Turin. Al llegar en aquella ciudad, su caballo cayó delante de la puerta de una iglesia, y al punto la santa hostia se elevó por el aire, resplandeciente de luz. Lo advirtieron al Obispo, quien fué en procesion al lugar del milagro. El Prelado se prosternó allí, hizo traer un cáliz, y la hostia que estaba en el aire, luminosa como el sol, bajó al cáliz, y fué llevada solememente á la iglesia. Este milagro está atestiguado por procesos verbales muy auténticos, y aún hoy día se celebra su aniversario en Turin.

En 1591, teniendo algunas personas una tentación de duda sobre la presencia real, S. Odon, Arzobispo de Cantorberi, oró á Dios que las iluminase y las confirmase de una manera evidente en la verdad del misterio. Consiguió lo que había pedido al Cielo. Un día que decía misa en su Catedral, al llegar á la fraccion de la hostia, saltaron dos gotas de sangre, que cayeron en el cáliz, en presencia de todo el pueblo. El Santo hizo acercar al altar á los que tenían la tentación de duda; y éstos, llenos de reconocimiento por la gracia de Dios les había otorgado, dieron gracias solememente con su Arzobispo. (*In ejus vita*).

En 1698, en la iglesia abbadal de Faverney, en el Franco Condado, habían colocado dos hostias en un relicario de plata, exponiendo así el Santo Sacramento á la veneracion pública en el altar. Se declaró un incendio que consumió los manteles, los adornos y hasta el altar; pero el relicario permaneció suspendido en el aire sin ningun apoyo, por lo ménos durante doce horas, á la vista de una multitud inmensa que acudió de los lugares circunvecinos para ver el prodigio. Durante este tiempo, varios sacerdotes celebraron misa en los altares inmediatos, y la sagrada hostia permaneció siempre en el aire. En una de aquellas misas, en el momento en que des-

pues de la consagración el celebrante levantaba la santa hostia, el relicario bajó por sí mismo poco á poco, y se colocó sobre los corporales que se hicieron puesto en el altar. Las informaciones auténticas que se hicieron por orden del Arzobispo de Besançon, nombran á cincuenta testigos irrecusables que atestiguan haber visto con sus propios ojos aquel prodigio.

Podríamos citar otro gran número de milagros en prueba de la presencia real....

Pero los mayores milagros que hablan en favor de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, son los milagros espirituales, los milagros de la gracia de una buena y ferviente comunión. ¡Cuántos dulces é inefables consuelos experimentan las almas bien preparadas! ¡Cuántas santas alegrías!—Así pues la hostia consagrada no es ya pan, sino el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo.

Motivos que llevaron á Jesucristo á establecer este divino sacramento.

El primer motivo que llevó á Jesucristo á instituir al augusto Sacramento en nuestros altares, fué su amor; fué para alimentar nuestras almas con la Divinidad, para que la Iglesia pudiese honrar á Dios en todos los siglos de una manera digna de él, y adorarle como merece. Porque la víctima que se ofrece tiene un precio infinito; es igual á Dios; un Dios se ofrece á Dios!.... Como todo lo que podemos hacer, inclusa la ofrenda de nosotros mismos, es muy poca cosa, Jesucristo quiso que tomándole por holocausto, pudiésemos tributar á Dios un culto digno de S. M., y tan grande como pueda desearlo....

El segundo motivo que llevó á Jesucristo á establecer el sacramento de la Eucaristía, fué dejarnos para siempre en aquel divino testamento el recuerdo de su vida, de su pasión y de su muerte.

El tercer motivo fué unirse á nosotros y transformarnos.... Como Jesucristo, dice S. Juan, había amado á los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (XIII. 1). Todas mis delicias son estar con los hijos de los hombres, dice en los Proverbios: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* (VIII. 31).

Naciendo, dice Sto. Tomás, se ha hecho semejante al hombre; comiendo con él, se ha hecho su alimento; muriendo, ha sido el precio de su libertad, y reinando en el cielo se entrega á él por recompensa:

Se nascens dedit socium;
Convalescens in edulum;
Se moriens in pretium;
Se regnans dat in premium.
(Hymn. in Off. S. Sacram.).

Es preciso darle amor por amor, vivir, combatir, vencer, sufrir y morir por él.

El cuarto motivo que comprometió á Jesucristo á establecer la

Eucaristía, fué hacernos practicar todas las virtudes, la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la paciencia, la obediencia, la oración, etc....

El quinto motivo es darnos una prenda del Cielo...; porque la divina Eucaristía es el alimento de la inmortalidad: el mismo Jesucristo lo dice: Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in eternum.* (Joann. VI. 52).

Pero ¿por qué estableció Jesucristo aquel divino sacramento la víspera de su pasión? Santo Tomás lo explica: Lo hizo, dice aquel gran Doctor, para que su inmensa caridad se grabase más profundamente en el corazón de los fieles; lo estableció en la última cena, como un memorial perpétuo de su pasión, que fué la realización de todas las figuras del Antiguo Testamento, como el más grande de todos los milagros, y como un precioso consuelo para la Iglesia entristecida con su ausencia: *Ut arctius caritatis hujus immensitas fidelium cordibus infingeretur, in ultima cena hoc sacramentum instituit, tanquam passionis suae memoriale perenne, figurarum veterum impletivum, miraculorum ab ipso factorum maximum, et de sua contristatis absentia solatium singulare.* (Opusc. LVI).

Sois pescadores de peces, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: venid conmigo, y os haré pescadores de hombres. Los pescadores cogen el pescado para que les sirva de alimento; vosotros, Apóstoles míos, pescareis á los hombres para que yo les sirva de alimento en la Eucaristía.

Amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Como el Señor había amado á los suyos, los amó hasta el fin. (Joann. XIII. 1).

El sacramento del Altar es el amor de los amores, dice S. Bernardo: *Altaris sacramentum est amor amorum.* (Serm. de cena Domini).

Los he atraído hácia mi con los vínculos de la caridad, dice Jesucristo por boca del profeta Oseas: *In funiculis traham eos, in vinculis caritatis.* (XI. 4), con los lazos del amor.

La Eucaristía es el fuego del amor divino que inflama en nosotros el ardor de la caridad; porque allí es donde Dios es todo caridad, ó amor, como dice S. Juan: *Deus caritas est.* (I. IV. 8). ¿Quién no ha de amar á Jesucristo, y no ha de entregarse enteramente á él, puesto que se entrega enteramente á nosotros?....

Al pronunciar la palabra «Eucaristía» expreso en una palabra todos los tesoros de la bondad divina: *Dicendo Eucharistiam, omnem benignitatis Dei thesaurum aperio.*

Dios amó tanto al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito, dice el apóstol S. Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (III. 16).

Dios se porta con vosotros como con hijos suyos, dice S. Pablo á los hebreos: *Tamquam filiis vobis offert se Deus.* (XII. 7). Os dáis, Señor, á los que os quieren. Está tan lleno de amor por los hom-

bres aquel gran Dios, que sus mayores delicias son el estar con los hijos de los hombres: *Delicia mea esse cum filiis hominum.* (Prov. VIII. 31).

En el divino sacramento de la Eucaristía, Jesucristo derramó sobre los hombres todas las riquezas de su divino amor, dice el Sto. Concilio de Trento: *Divini sui erga homines amoris dicitatis celut effudit.* (Sess. XIII. 2).

El hombre, dice S. Fulgencio, se ha retirado de Dios por desprecio; y Jesucristo ha venido al hombre por amor: *Homo Deum contemneus á Deo desessit; Deus hominem diligens ad homines venit.* (Epist.).

En la encarnación, Jesucristo ocultó su Divinidad bajo el velo de la carne para que pudiésemos verle: y en la Eucaristía ocultó su Divinidad y su humanidad bajo las apariencias del pan para que podamos comerle. En la encarnación, Dios recibió al hombre en su seno, uniendo la naturaleza humana al Verbo divino; y en la Eucaristía, el hombre es quien le recibe á su vez. La Eucaristía es la extensión de la encarnación; Dios se encarna en cierto modo en todos los corazones que comulgan....

Para tener una idea del infinito amor de Jesucristo en la santa Eucaristía, consideremos: 1.º Lo que nos da en la sagrada mesa. Nos da su cuerpo... su sangre... su alma... su Divinidad.... Se da por entero en todas sus perfecciones.... Agota su poder, dice S. Agustín; agota su sabiduría, agota sus riquezas: *Plus dare non potuit, plus dare nescivit, plus dare non habuit.* (De Cælest. Vila).

Hay una diferencia infinita entre el amor del Creador y el amor de la criatura: la criatura ama por indigencia; el Creador por abundancia: la criatura ama por necesidad; Dios ama por exceso de bondad: la criatura ama para recibir; Dios ama para dar. La criatura supone siempre algún bien en la persona que ama; el Creador no presupone nada, sino que comunica el bien al objeto que aprecia. Dios no tiene amor interesado, amor mercenario; no tiene más que el amor benévolo y el amor complaciente: el amor benévolo por medio del cual quiere el bien de su criatura y se lo procura; el amor complaciente, por el cual se place, no en la criatura que recibió aquel bien, sino en sí mismo y en su bondad divina, que ha procurado aquel bien á su criatura. De ahí viene que el amor que nos tiene es inmenso, infinito, inefable é incomprensible, y no hay pensamiento, no hay concepción humana ni angélica, no hay lengua que pueda alcanzar á tanto; porque, como el motivo que tiene de amarnos no está en nosotros, sino en él, y como no saca el principio de su benevolencia de ninguna perfección que esté en nosotros, sino tan sólo de su bondad natural, teniendo su amor un motivo infinito y un principio divino, no puede menos de ser infinito, tan grande y tan infinito como su sér. Y, sobre todo en la Eucaristía, es dónde nos manifiesta su grande amor. Este Dios, que se ama con un amor infinito y que es todo amor, hallándose en nosotros y transformán-

donos, se ama en nosotros mismos y nos ama en sí mismo con un amor infinito. Esto es mi Hijo predilecto, dice, en quien tengo puesta toda mi complacencia: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.* (Matth. III. 17).

2.º Consideremos cómo Jesucristo se da á nosotros en la Eucaristía, y tendremos una idea de su amor.

Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey, que llega á ti lleno de mansedumbre: *Dicite filie Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus* (Matth. XXI. 5).

Si no viniese á nosotros y en nosotros sino como Rey, nos llenaríamos de temor y espanto; pero viene á nosotros como Rey lleno de dulzura y bondad incomparables: *Venit tibi mansuetus....*

No, no, dice S. Crisóstomo, su majestad y su grandeza no son un obstáculo que le impida hacerse hombre con nosotros, y encarnarse en cierto modo en nosotros. (*Homil. ad pop.*). Su Divinidad, abismo de luz, nos habría deslumbrado; y la oculta bajo el velo de la humanidad: su humanidad tendría también demasiado brillo; y la oculta bajo las especies del pan. Luego, para obligarnos á comulgar, nos presenta la Eucaristía como un alimento necesario. Y todas estas admirables invenciones se han verificado por puro amor hácia nosotros.

Cuando el Sacerdote lleva á aquel gran Dios para darlo en comunión, advierte á los fieles el prodigio que ha obrado la consagración. ¿Dice acaso: Hé aquí el Rey de majestad, el Rey de gloria; hé aquí el Dios de la eternidad; hé aquí el Dios que produce el trueno y lanza el rayo; hé aquí el soberano Juez de los vivos y de los muertos; temblad, mortales? No, no habla así. Oid las dulces y consoladoras palabras que toma de S. Juan Bautista: *Ecce agnus Dei:* Hé aquí el Cordero de Dios. (*Joann. I. 29*). ¡Hé aquí el Cordero de Dios! ¿Lo enseña acaso como un Cordero vencedor? No; lo presenta como un Cordero inmolado para la salvación del mundo, destinado á ser comido en señal de alianza con la Divinidad....

Si en el cielo este gran Dios está cubierto de luz como de un ropaje: *Amictus lumine sicut vestimento* (Psal. CIII. 2); si millares de serafines velan su rostro al aspecto de su eterno esplendor, ¿cómo osaríamos recibirle si no ocultase su majestad? Si el sol material nos deslumbra, ¿que sería del eterno Sol de justicia, si no velase sus divinos rayos? Pero viene á nosotros con una dulzura cuyo emblema es el más dulce de los séres, y vamos á él de la misma manera que nos acercamos á un tierno y amable cordero....

3.º Consideremos por qué se da á nosotros; y comprendamos, en lo posible, su amor.

Se da á nosotros para unirnos á su sér..., para fortalecernos..., divinizararnos... y colmarnos de toda clase de bienes.... ¡Pues qué, Señor! os unis á pobres criaturas..., á gusanos de la tierra.... á un poco de polvo rebelde!... El amor de Jesucristo es infinito, y hace que se olvide de todos esos obstáculos....

4.º Consideremos cuando se da:

4.º Es la víspera de su muerte..... 2.º Insta á sus discípulos que preparen lo conveniente..... 3.º Se da en el mismo momento en que fraguan su pérdida, en el momento en que Judas pone su vida á precio: ¡Qué queréis darme, y yo le pondré en vuestras manos? *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* (Matth. XXVI. 15). ¡Véndelo, Judas; se será muy fácil: vas á recibirle, y va á entregarse á tí por la comunión!..... 4.º Ve la traición de Judas, la defección de Pedro, la fuga de sus discípulos, la agonía y el sudor de sangre; prevé el beso de Judas, ve las cadenas, los azotes, su rostro escudido, sus mejillas ahofeteadas, las burlas sangrientas, los falsos testimonios, la sentencia de muerte, la corona de espinas, la cruz, los clavos, el Calvario, las blasfemias y el abandono de su Padre y de los hombres; y su amor elige no obstante aquel momento supremo para dejar á su Iglesia el eterno monumento de su eterno amor en la Eucaristía. 5.º Establece este sacramento de su amor para darse á los mismos que van á venderle, á renegar de él, á abandonarle: nada le detiene..... 6.º Ve los ultrajes, las moñas, los sarcasmos, los desprecios, las profanaciones, los sacrilegios, las hipocresías, las persecuciones que le esperan, desde el momento de la institución de la Eucaristía hasta el fin del mundo: nada le detiene en su amor: *la finem dilexit eos*.

Queridos discípulos míos, á vosotros empero que sois mis amigos: *Dico autem vobis amici mei* (Luc. XII. 4), voy á dejaros, voy á morir por todos; pero, antes de morir, quiero darme á vosotros: Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, la sangre de la doble alianza: en la cruz esta sangre os unirá á mi Padre; en la Eucaristía, esta sangre os unirá á mí. ¡Oh! ¡cuanto tiempo hace que deseaba ardentemente hacer esta Pascua con vosotros antes de sufrir y morir por el mundo entero! Queridos amigos míos, este es mi testamento, mis últimas voluntades: os preparo el reino celestial, como mi Padre me lo preparó á mí, para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino: *Ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo*. (Luc. XXI. 29-30). Necesitais este alimento divino para subir al reino de mi gloria.

Padre mío, yo estoy en ellos, y vos estais siempre en mí, á fin de que sean consumados en la unidad: *Ego in eis, et tu in me; ut sint consummati in unum*. (Joann. XVII. 23). ¡Qué infinito amor!....

¡O amor de mi Dios, exclama Sta. Magdalena de Pazzi! ¡O amor! ¡Por qué no ha de ser el amor amado y tambien conocido de sus propias criaturas! ¡O Jesús mío! ¡por qué no tengo una voz bastante fuerte para hacer que me oigan hasta en los confines del mundo! En todas partes publicaría que este amor debe ser conocido, amado, estimado como el único verdadero bien. ¡O amor, amor! si no sabéis dónde abrigaros, venid á mí, que yo os daré una morada! *(In ejus vita)*.

Amor, bondad infinita de Jesucristo en la Eucaristía, bondad universal: se da á todos los que le desean, á los pobres y á los ricos, á los ignorantes y á los sabios, á los niños y á los ancianos.....

Bondad gratuita: no pide nuestros bienes ni nuestras riquezas; no pide más que nuestro corazón para embriagarlo de delicias.....

Bondad liberal: se da enteramente y sin reserva; nos enriquece con su cuerpo, su sangre, su alma y su Divinidad; nos da el cielo entero, la bienaventurada eternidad entera.....

Bondad paternal: viene á nosotros como el mejor de los padres; nos acaricia, nos abraza y nos alimenta con su mismo cuerpo.....

Bondad dulce, paciente y duradera: es una victima que permanece día y noche en nuestros altares, para que podamos siempre tenerla á nuestro albedrío.....

La sagrada comunión es una especie de encarnación del Verbo en nosotros; viene á habitar en nosotros: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. (Joann. I. 14).

La santa Eucaristía es el pan del cielo, el maná celestial: *Pluit illis manna ad manducandum; panem caeli dedit eis*. (Psal. LXXVII. 24).

La santa Eucaristía es la fuente de los jardines de Dios; es el manantial de agua viva, es decir, el manantial de la purísima Sabiduría, de la gracia que mana de Jesucristo, elevado á lo más alto de los cielos, según aquellas palabras de Isaías; Agotaréis en la alegría las aguas que corren de las fuentes del Salvador: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*. (XII. 3).

1.º La Eucaristía es verdaderamente un pan celestial y divino, no sólo bajo el concepto del lugar, puesto que baja del cielo, sino tambien con relacion á su naturaleza y á su sustancia.....

2.º Es el verdadero pan del cielo comparado con el maná. En la Eucaristía, la realidad, la verdad; en el maná, la sombra y la figura.....

3.º Es el verdadero pan del cielo, porque es vivificante, da la vida.....

4.º Es el verdadero pan del cielo, es decir, el pan perfecto y exquisito..... Es el pan de Dios que ha bajado del cielo y da la vida al mundo: *Panis enim Dei est, qui de caelo descendit, et dat vitam mundo*. (Joann. VI. 33). La Eucaristía es el único pan que haya bajado del cielo, el único que dé la vida al mundo. Es el pan de Dios, porque sólo Dios lo ha hecho y pertenece sólo á Dios; este pan es el mismo Dios. Soy el pan de vida, dice Jesucristo: *Ego sum panis vitae*. (Joann. VI. 35), es decir, vivo y vivificante, ó más bien soy la misma vida.....

Zacarías llama á la Eucaristía trigo de los elegidos y tambien hermosura de Jesucristo: *Quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum?* (IX. 17). Y se ha dado este nombre á la Eucaristía: 1.º á causa de su sustancia; que, como Dios, es el Verbo, la imagen y la hermosura del Padre, y como hombre es el más hermoso entre ellos...;

Excellencias de la Eucaristía.

2.º á causa de sus efectos; porque la Eucaristía es el trigo de los elegidos y el vino que engendra las vírgenes: *Framentum electorum, et vinum germinans virgines* (Zach. IX. 17); produce en nosotros una juventud florida en el espíritu, en el alma y en el corazón; hace que nuestra alma sea robusta, hermosa, ágil y dispuesta á todo bien; la hace pura y virgen...; 3.º como sacramento; pues las especies del pan y del vino nos representan á Jesucristo inmolado en la cruz y como muerto, es decir, con la carne separada de su sangre. Y esta inmolacion de la cruz que el sacramento de nuestros altares representa, ha sido muy bella, muy preciosa, muy grande, muy digna de Dios, y le ha sido agradabilísima; porque con ella recobra el hombre la gloria que le habia arrebatado el pecado, y así se verifica nuestra redencion y reconciliacion con Dios...; 4.º como festin: la Eucaristía es un festin que el mismo Jesucristo nos ofrece un alimento, no terrenal, sino angélico, divino, y por consiguiente preciosísimo é inestimable. Aprendamos de ahí que la Eucaristía es el mayor de los bienes, y que es toda la hermosura de Dios y de Jesucristo y tambien la nuestra, de tal modo, que Dios nada puede darnos mejor ni más bello...; 5.º la Eucaristía es llamada la hermosura por excelencia, y tambien la bondad, porque Dios renueva por su medio todos los antiguos milagros y los supera....

La Eucaristía es el vino que produce las vírgenes: *Vinum germinans virgines*. (Zach. IX. 17). Es tan dulce este vino, tan poderoso, tan bueno, tan generoso y eficaz, que nos penetra del mismo Jesucristo y de la gracia del Espíritu Santo. Con este vino, los lánguidos y los enfermos se curan, los muertos resucitan y vuelven á ser otros hombres, de tal modo, que recobran el ardor de la juventud, y con fuerzas conformes á su ardor pueden emprender y concluir todo lo que Dios les designe y les mande....

La Eucaristía encierra el beneficio de la creacion, de la redencion, de la justificacion, de la glorificacion y de todos los bienes....

La Eucaristía es el milagro de los milagros, la obra maestra de las obras de Dios.... S. Dionisio llama á la Eucaristía la consumacion de todos los sacramentos, el sacramento más divino y más sagrado, el santísimo y muy augusto Misterio. (*Eccles. Hierarch., c. III*).

Ventajas de la Eucaristía. La ventaja union con Dios.

La primera ventaja que se encuentra en la participacion de la divina Eucaristía, es la union con Jesucristo.

Comunion quiere decir *communis unio*, union comun, comunicacion.... En la sagrada comunión, Jesucristo dice al alma fiel lo que decía á su Padre: Todo lo que es mío, es vuestro, y todo lo vuestro es mío: *Et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt*. (Joann. XXVII. 40). Estoy en mi Padre, dijo Jesucristo á sus Apóstoles, y vosotros en mí, y yo en vosotros. (Joann. X. 21). Estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina; yo en vosotros, y vosotros en mí por la comunión.... Jesucristo, dice S. Hilario, está en su Padre por

la naturaleza divina, y nosotros estamos en él por la comunión, pues dijo: El que come mi carne y beba mi sangre, vivirá en mí, y yo en él. (*De Trinit., lib. III*).

La comunión, al mirarnos á Jesucristo, comunica á todos y á cada uno en particular la sangre de Jesucristo, el precio de su pasion y todos sus méritos....

El alma unida á Dios por la comunión está llena de hermosura: Eres bella, ó amadísima mía, le dice el celestial Esposo; eres bella: *Ecce tu pulchra es, amica mea; ecce tu pulchra es*. (Cant. I. 14). El alma que comulga dignamente, es dos veces hermosa: 1.º por la gracia; 2.º por la gloria que le espera en el cielo.

¡Oh, qué admirable sociedad! exclama Hugo de San Victor. ¡El que es la misma hermosura se une á la que es muy bella! Yo, el Esposo, soy la misma hermosura; y vos, ó esposa mía, alma querida, sois toda bella. Yo soy hermoso por naturaleza, y tú lo eres por la gracia. Todo en mí es hermosura porque todo es hermoso en mí: tú, tú eres toda hermosa, porque no hay en tí mancha ninguna. Eres bella en tu cuerpo purificado, y más bella aún en tu alma: bella en tu cuerpo por la pureza y la modestia; bella en tu alma por la humildad y el fervor. O digna compañera de tan digno Esposo, bella al lado de la misma belleza, pura en presencia de aquel que jamás ha experimentado la corrupcion, elevada cerca del Altísimo, eres la esposa del Rey eterno (1).

Oíd á S. Lorenzo Justiniano cuando habla de la union del Verbo con el alma fiel en la santa comunión. Allí, dice, se celebra un continuo festin, y el cordero es su delicioso manjar. El alma saborea una paz interior, una tranquilidad segura, una felicidad tranquila, una gran alegría, una fe llena de serenidad, una sociedad amable, los abrazos de la unidad, el deleite de la contemplacion, y la suavidad en el Espíritu Santo. Allí se encuentra la puerta del cielo, la puerta de la mansion de la felicidad. La esposa sube muchas veces al cielo desde aquel techo nupcial, y siempre el divino esposo baja del cielo hasta la esposa que le recibe (2).

Mi amado, que vive entre los lirios, me pertenece y yo le pertenezco, exclama el alma fiel con la Esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia*. (II. 46). Venid del Líbano, de la altura de las virtudes, ó esposa mía, dice el celestial Esposo; venid, os colmaré de delicias, y seréis coronada: *Veni de Libano, sponsa mea; veni, coronaberis*. (Cant. IV. 8).

(1) *¡O spalis societas! tuas pulchre totum pulchram sibi sociat. Ego, totus pulchre, et tu tota pulchre. Ego per naturam, et tu per gratiam. Ego totus pulchre, quia totum quod pulchrum est, in me est; tu, tota pulchre, quia nihil, quod turpe est, in te est. Pulchra in corpore, pulchra in mente, pulchra in corpore per puritatem, in mente per tranquillitatem et fervorem. ¡O digna digna, formose pulchre, in meo in corpore, excolida Altissimi, sponsa regis eterni! Lib. de Anima.*

(2) *Idi iugo celebratur convivium, et agnas comeditur solum. Pax in illo gustatur. In secretis, oculis mirabilis, contemplationis dulcedine, amicitia in Spiritu Sancto. Ibi colliguntur, et parantur portae. Sponsa frequenter de Libano ascendit in culum, et sic cubo iugiter Sponsos descendit in hastulam. Lib. de Ligno, etc.*

Siendo Dios en la Eucaristía dote del alma, dice S. Ambrosio, ésta no debe compararse más que de Dios, y debe rechazar toda comunicación con el siglo: *Cui portio Deus est, nihil debet curare nisi Deum, nihil habere commune cum seculo.* (Lib. I. Offic.).

En la sagrada mesa, dice S. Jerónimo, recibimos á Dios por dote, pero nos convertiremos á la vez en dote de Dios; dote escogida, bendita y afecta especialmente á Jesucristo: *Dominum partem habent, sed ipsi pars Domini sunt; pars prima, electa, benedicta, specialis, Christo adhærens.* (Epist.). O Señor, exclama S. Agustín, me habeis enteramente libertado para poseerme por entero: *Tantum me liberasti, ut totum me possideres.* (Medit.).

La union de Jesucristo con el alma en la divina Eucaristía es tan perfecta, que Jesucristo la compara á la union que se verifica entre el cuerpo y el alimento que toma: Mi carne, dice, es un verdadero alimento, y mi sangre una verdadera bebida: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* (Joann. VI. 56). Jesucristo, dice S. Crisóstomo, se une, se incorpora á nosotros, ó más bien nos incorpora á él, para no constituir más que uno con él, como el cuerpo no forma más que uno con la cabeza. No sólo se deja ver á los que le desean, sino que se deja tocar, poner en la boca y comer, para coímar todos nuestros deseos (1).

El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* (Joann. VI. 57). Jesucristo no dijo: Viene á mí, sino vivo en mí; y no dice tampoco: Voy á él, sino vivo en él: *In me manet, et ego in illo.* Así por medio de la sagrada comunión nos unimos, nos incorporamos á Jesucristo, á la Divinidad, á la omnipotencia, realmente y del mismo modo que el alimento se une á nosotros: así está Dios en nosotros, y nosotros en Dios,....

De la misma manera que la cera derretida añadida á otra cera se mezcla perfectamente y no forma más que una misma cera, dice S. Cirilo de Alejandría, el que recibe el cuerpo y la sangre de Jesucristo queda unido de tal manera con El, que Jesucristo está en él y él en Jesucristo: *Sicut si quis liquæ factæ ceræ aliam ceram insuderit, altera cum altera per totum commisceat necesse est; ita, si quis, carnem et sanguinem Domini recipit, cum ipso ita conjungitur, ut Christus in ipso, et ipse in Christo inveniat.* (Lib. IV. in Joann., c. VII).

Cuando comemos el sagrado pan, no se cambia en sustancia nuestra, dice S. Agustín; antes bien nos cambia en la de Jesucristo; lo une á nosotros, y nos hace semejante á él, cosa que no hace el pan ordinario: *Hic panis sacer comestus, non mutatur in nostram substantiam, sed nos potius in se transmutat, sibi que unit, et similes facit, quod non facit panis communis.* (In Psal.).

(1) *Sanctissimum nobis immisit, et corpus sum in nos contempitavit, ut memum quid effluamur, hinc ipsum corpus capiti recipitorem. Non tantum se prebans cupientibus videtur, sed et palatantem, et comestulentum, et carni dentes indigero, et omne desiderium implere. Homil. LXXI. ad pop.*

Por este motivo llaman los santos Padres la sagrada Eucaristía *comunión, union comun*, porque nos une realmente al cuerpo de Jesucristo, de suerte que aquel que comulga no forma más que uno sólo con Jesucristo.

Jesucristo, dice S. Crisóstomo, nos alimenta con su propio cuerpo, nos une y nos hace inherentes á él: *Proprio corpore nos alit et sibi conjungit, nosque conglutinat.* (In Caten.).

La union que se verifica en la sagrada comunión es tan íntima, que, según S. Cirilo de Alejandría, Jesucristo y el que le recibe no forman más que uno. (Lib. IV. in Joann., c. XVII). Esta union es tan perfecta, que, según Tertuliano, el alma engorda con su Dios: *Anima de Deo saginatur.* (Lib. de Resurrect. carn.). Esta union es semejante á la que existe entre el yerro puesto dentro del horno y el fuego.... Santa Teresa compara la union que se establece entre el alma y Dios en la sagrada mesa, á la de las aguas de la lluvia que caen en una fuente; estas aguas se mezclan tan bien, que no constituyen más que una sola agua. La compara tambien con las aguas de un rio que al llegar al Océano confunde su corriente y dejan las aguas de ser distintas. En fin, dice ella, esta union es como la de los rayos de luz que entrando en un cuarto por dos ventanas, se mezclan de una manera tan perfecta, que no es ya más que una sola luz. (In ejus vita).

A todos los que le han recibido, Jesucristo ha dado el poder de ser hijos de Dios, dice el evangelista S. Juan: *Quotquot receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (I. 12). Somos transformados á semejanza suya, dice S. Pablo: *In eandem imaginem transformamur.* (II. Cor. III. 18): no nos transformamos esencialmente como si nuestra esencia se convirtiese en la esencia divina, pero si accidentalmente, es decir, por la reflexion de la luz de Jesucristo, que cae sobre nosotros como en un espejo y nos hace luminosos.

Sois, dice el gran Apóstol, el cuerpo de Jesucristo y los miembros de sus miembros: *Vos estis corpus Christi, et membra de membro.* (I. Cor. XII. 27). Nos convertimos en templos de Dios vivo: *Vos estis templum Dei vivi.* (II. Cor. VI. 16).

Con la sagrada comunión somos los miembros del cuerpo de Jesucristo, formados de su carne y de sus huesos, añade S. Pablo: *Membra sumus corporis ejus de carne ejus et de ossibus ejus.* (Eph. V. 30).

Por lo mismo dice aquel gran Apóstol: Vivo, y no soy yo el que vivo! Jesucristo es el que vive en mí: *Vivo autem, jam non ego, cicit vero in me Christus.* (Gal. II. 20).

Nos hacemos partícipes de Jesucristo, escribo á los Hebreos: *Participes Christi affectu sumus.* (III. 14).

Nos hallamos mezclados con el cuerpo de Jesucristo, dice S. Cirilo, y por consiguiente con su Divinidad, por cuya razon no formamos más que un mismo cuerpo y una misma sangre con Jesucristo:

La segunda comunión de la comunión es que nos transformamos en Dios.

Efficiamur concorporati et consanguinei Christi. Somos tabernáculos de Cristo: *Christifera*. (Catech. IV).

Somos partícipes de la naturaleza divina, dice el apóstol S. Pedro: *Divina consortes natura*. (I. I. 4).

Nuestro cuerpo se alimenta, dice Tertuliano, con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, para que nuestra alma engorde con el mismo Dios: *Caro corpore et sanguine Christi vescitur, ut anima de Deo saginetur*. (Lib. de Resurrect. carn., c. VIII).

Dios, dijo S. Agustín, se hizo hombre para que el hombre se convirtiera en Dios; y para que el hombre comiese el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre: *Factus est Deus homo, ut homo feret Deus; ut panem angelorum manducaret homo, Dominus angelorum factus est homo*. (Serm. IX. de Nativ. Dom.).

El primer hombre quiso convertirse en Dios; no pudo, y cometió un crimen. Pero ¿qué ha hecho Dios en su sabiduría y misericordia? Ha dicho: El hombre quiere ser Dios y no puede, y hasta es un crimen que lo piense; pues yo voy á hallar un medio de satisfacer el deseo del hombre, y satisfacerlo sin hacerle culpable: me haré hombre, me daré á él en la Eucaristía, y haciéndome hombre, el hombre quedará hecho Dios, y comiéndome, vivirá de Dios y será Dios.

Ahora si que tiene cumplimiento lo que dijo la serpiente: Profetizó sin quererlo, la futura elevación del hombre á la Divinidad. Seréis como dioses si coméis esta fruta, dijo á nuestros primeros padres: *Eritis sicut dii*. (Gen. III. 5). Salánas creyó engañar al hombre, y el mismo fué el que se engañó. Si, el hombre será Dios, pero no comiendo la fruta del paraíso terrestre, sino comiendo en la sagrada mesa, en el jardín de la Iglesia, el divino fruto del paraíso celestial: *Eritis sicut dii*. (Gen. III. 5).

Inspirado por el Espíritu Santo, el Real Profeta, previendo la felicidad, la elevación, la dedicación de los que participasen de la divina Eucaristía, exclamaba: Lo ha dicho: Sois dioses é hijos del Altísimo: *Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes*. (LXXXI. 6).

El hombre come el pan de los ángeles, dice el Salmista: *Panem angelorum manducavit homo*. (LXXVII. 25). Somos el pueblo de sus pastos y las ovejas obra de sus manos: *Nos populus pasqua ejus, et oves manus ejus*. (Psal. XCIV. 7).

Dios se incorpora al hombre, dice S. Cipriano, Jesucristo ha querido ser lo que es el hombre, para que el hombre pudiera ser lo que es Jesucristo: *Deus cum homine miscetur, quod homo esse, esse Christus voluit, ut et homo possit esse quod Christus est*. (Trac. de Coena Dom.).

Con la Eucaristía, dice S. Crisóstomo, no solamente nos convertimos en Jesucristo por el amor, sino que en realidad nos convertimos en carne de Jesucristo; y este milagro se verifica con el alimento que nos da. Para manifestarnos su amor, ha querido darse á nosotros y no formar más que uno con nosotros. (*Homil. LXI*).

ad pop.). El que come el pan eucarístico, se vuelve semejante á este pan. El hombre se transforma en Jesucristo. Soy el alimento de los fuertes, dice Jesucristo; creed, y me comereis; no me convertiréis en vosotros, sino que vosotros mismos seréis convertidos en mí: *Cibus sum grandium; cresce, et manducabis me; nec tu me mutabis in te, sed tu mutaberis in me*. (Lib. VII. Confess., c. X).

Lo propio de este sacramento, dice Sto. Tomás, es transformar el hombre en Dios y hacerle semejante á él. Porque si el fuego tiene el poder de cambiar en fuego todas las cosas á las que se une, y de comunicarles su fuerza y su perfección, después de haber destruido en ellas todo lo que podía ser contrario á su naturaleza, ¿cuánto más ha de consumir aquel fuego devorador de la Divinidad todo lo que halle impuro en nuestras almas, haciéndolas semejantes á Él! (*Offic. SS. Sacram.*).

Con la sagrada comunión, el hombre deja de ser lo que era para convertirse en otro Jesucristo. No somos nosotros los que vivimos; es Jesucristo el que vive en nosotros, como dice el Apóstol de las Gentes.

Esta es una de las más hermosas prerogativas del sacramento del Altar que recibimos con la comunión. Los demás manjares que usamos se convierten en nuestra propia sustancia; pero éste nos transforma á nosotros; cambio infinitamente ventajoso, porque es infinitamente más preferible vernos convertidos en Dios, que si Dios se hubiese convertido en nosotros mismos. Si Dios se cambiase en nosotros, perdería su santidad, porque no somos más que miseria y pecado, y perdería también todas sus perfecciones, porque nada tenemos por nosotros mismos ni somos nada. Pero hallándonos convertidos en Jesucristo, tanto como es posible que lo estemos, adquirimos todo lo que no teníamos ni podíamos tener más que de Jesucristo, y perdemos todo lo miserable y dañino que en nosotros existía. Eramos débiles, y ahora somos fuertes; éramos ciegos, y ahora vemos claro; éramos pecadores, y ahora con la más feliz de las transformaciones hemos llegado á ser santos.

Con la sagrada comunión no sólo se nos honra con el augusto nombre de hijos de Dios, sino que lo somos en efecto, dice el apóstol S. Juan: *Filii Dei nominemur et simus*. (I. III. 4).

Somos el mismo cuerpo y la misma sangre con Jesucristo, dice S. Cirilo de Jerusalén; no constituimos más que un mismo cuerpo: *Concorporatus et consanguineus; unum Christi corpus*. (De Euchar.).

Comulgamos, dice S. Leon, para vernos convertidos en carne de aquel que tomó nuestra carne: *Sumitur, ut in carnem ipsius, qui caro nostra factus est, transeamus*. (Serm. de Nativ.). ¡O cristiano! exclama aquel gran Papa, reconoce tu dignidad y tu elevación; y siendo partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas á caer jamás en tu antigua vileza; acuérdate de qué jefe y de qué cuerpo eres miembro: *Agnosce, ó christiane, dignitatem; tuam et divine consortis factus natura, noli in veterem vilitatem redire; memento cujus capitis et cujus corporis sis membrum*. (Serm. I. de Nativ.).